

3º DOMINGO en la CUARESMA (A-8) ¿Llenamos nuestras cubetas?

Iba al pozo como siempre, esperando las burlas normales, y luego se encuentra con Jesús. El Mesías había sido prometido a ambos judíos y samaritanos, pero nadie lo esperaba en esos días de la ocupación de los romanos. Él está dispuesto a romper toda tradición al ponerse a hablarle en público. Todo fue inesperado.

Cristo siempre aparece cuando menos lo esperamos. En este gran evangelio, la Samaritana nos hace pensar si nosotros juzgamos a libros por su encuadernación. Ha juzgado a Jesús, y los discípulos a ella. Trajo a una cubeta, mientras Jesús no tiene ni una. En el libro: ¿Qué tan llena está tu cubeta?, el autor posita: ¿Somos gente que llena o vacía cubetas?

Lo que llena nuestra cubeta son las aguas de la positividad, lo que afirma. Lo que vacía cubetas son aguas de la negatividad. ¿Somos gente que llena o vacía las cubetas del otro? ¿Por qué les pregunto esto?

Jesús le pide al la samaritana que le llene su cubeta, dándole de beber. Ve en ella alguien con cubetas vacías, su cubeta del pozo, y la de su vida. Esta vacía por la negatividad que ha oído. Ha estado con 5 hombres y sabemos cómo habla la gente. Por eso salió al medio día, en pleno calor, para sacar agua, para evitar oír lo que vacía su cubeta vital.

Es una mujer samaritana y una adúltera. ¡Condenada será! Eso es lo que pensaba la gente de ella y lo que pensaban los discípulos al ver a Cristo hablando con ella en público. Jesús arriesga su reputación para llenar su cubeta. Al regresarle su auto-respeto él llena su cubeta. Al mostrarle el espejo que le hace ver su transformación, le da esperanza para un mejor futuro, haciéndola sentirse amada y amable.

Ya no le importaba lo que la gente pensaba y llevó su cubeta llena para llenar las del pueblo que la había vaciado. “Vengan a ver al hombre que me dijo todo lo que he hecho. ¿Podría ser el mesías?” No hay nada como la esperanza que llene la cubeta vaciada por la desesperación, el

odiarse a sí mismo, y la negatividad.

Espero que venimos a Misa, al pozo de agua viva católica, para llenar nuestras cubetas con esperanza, amor y positividad. Se le puede juzgar a una parroquia por la forma que viene y sale la gente. No hay nada más atractivo que ver a gente sonriendo con entusiasmo y eso es lo que tenemos aquí, y de eso siento puro orgullo.

Venimos como discípulos, alumnos, primero para ser llenados, y luego para salir como apóstoles, gente que llena las cubetas del otro con lo que nos llena: el amor. Cristo nos dice lo que hemos hecho y lo que él desea es que dejemos las cubetas de la negatividad y el pecado, y reemplazarlas con las cubetas de la positividad de Dios y su gracia. Cristo nos pide darle de beber de las mismas aguas que nos llenan. Esas aguas sólo vienen al cumplir la Declaración Misionera: de descubrir el amor de Dios por la alabanza, oración, estudio y buenas obras.

Jesús les dice a los discípulos que su comida es hacer la voluntad del quien lo envió. Si es así, nuestra comida es hacer la voluntad del que nos envía. Hay que cumplir la misión de Jesús, que está en Lucas 4: predicar la Buena Nueva al pobre, liberar al cautivo y oprimido, regresar vista al ciego, y declarar el año favorable de Dios. Cumplir su misión es ser apóstoles que llenan las cubetas del mundo.

Jesús es sediento de que captemos el mensaje de su amor y perdón. Hay que salir al mundo y decirle de esa realidad y llenar su cubeta del gozo y la alegría que viene del amor y esperanza.

Cristo nos invita a la Eucaristía, a la Misa, tal como somos: amados y perdonados pecadores. Quiere llenar nuestras cubetas para que lo hagamos para el mundo. ¿Estamos dispuestos hacerlo? ¡Entonces, celebremos con todo gozo y alegría!